

feld y Osterode. Hizo Napoleón además marchar su guardia desde Finkenstein hacia Saalfeld, y él mismo se dispuso á abandonar á Finkenstein al día siguiente, 6 de junio, cuando los movimientos del enemigo fuesen más pronunciados y más evidentes sus designios. Envió su comitiva á Dantzig y también á Mr. de Talleyrand, que era poco idóneo para las fatigas y los peligros del cuartel general.

El día 6, en efecto, las columnas rusas, encargadas de proseguir el ataque comenzado contra el cuerpo del mariscal Ney, se hallaban más reconcentradas de resultas del movimiento ofensivo que habían ejecutado la víspera, y el mariscal Ney iba á tener que habérselas con treinta mil infantes y quince mil caballos. Después de las pérdidas sufridas el día anterior, sólo podía oponer al enemigo quince mil hombres, pero había ocurrido á todo de antemano. Había enviado al otro lado del Deppen sus heridos y sus bagajes para que el camino estuviese expedito y su cuerpo de ejército no encontrase obstáculos á su paso. En vez de levantar el campo apresuradamente, esperó con marcial continente al enemigo, formando en escalones las brigadas de que se componían sus dos divisiones y rebasándose unos á otros. Cada escalón antes de retirarse hacía sus descargas y aún muchas veces cargaba á la bayoneta, después de lo cual se replegaba, dejando al escalón siguiente el encargo de detener á los rusos. Semejante retirada hubiera concluído por una derrota en un terreno descampado y con tropas de menos resistencia; pero merced á una acertada elección de posiciones y merced también á la serenidad extraordinaria de sus soldados, pudo el mariscal Ney emplear muchas horas en atravesar un espacio de dos leguas escasas. Vea á cada paso caer en masa sobre sus bayonetas una nube de jinetes, pero todos sus esfuerzos eran vanos contra sus indestructibles cuadros. Al llegar cerca de un pequeño lago, cometió el enemigo el yerro de dividirse con objeto de atravesar parte por la izquierda, y aprovechando el intrépido mariscal esta coyuntura con tanta resolución como presencia de ánimo, se detiene, vuelve á tomar la ofensiva contra el enemigo dividido, cierra sobre él con ímpetu, le rechaza á grande distancia y consigue de este modo proporcionarse el tiempo preciso para recobrar tranquilamente el puente de Deppen con el cual debía guarecerse de todo ataque. Al llegar á este punto situó ventajosamente su artillería más allá del Passarge, y siempre que el enemigo asomaba le acribillaba á balazos.

Esta jornada, que nos costó varios centenares de hombres, pero dos ó tres veces más al enemigo, contribuyó á aumentar la admiración que inspiraba á los dos ejércitos la intrepidez del mariscal Ney. A nuestra izquierda, en toda la longitud del Passarge inferior, permanecieron inmóviles las columnas rusas esperando el resultado de la acción empeñada entre Guttstadt y Deppen. A nuestra derecha el cuerpo del mariscal Davout, que estaba en marcha desde la víspera, se encaminó sin accidente alguno sobre el flanco del mariscal Ney para sostenerle ó ganar á Osterode.

Con lugartenientes y soldados como aquéllos, las combinaciones de Napoleón tenían, además del mérito de la concepción, la ventaja de una ejecución casi infalible. El día 6 por la tarde, después de haber encaminado á Saalfeld todos los rezagados, fué allí en persona

el mismo Napoleón para juzgar por sus propios ojos los acontecimientos, reunir allí sus lugartenientes si eran repelidos, ó dirigir hacia uno de ellos la masa entera de sus tropas si habían conseguido sostenerse, para tomar á su vez la ofensiva con una superioridad de fuerzas incontrastable. Así que llegó á Saalfeld, supo que en el Passarge inferior había reinado la mayor tranquilidad todo aquel día, que en el Passarge superior el intrépido Ney había verificado la retirada más feliz hacia Deppen, y que el mariscal Davout estaba ya marchando sobre el flanco derecho del mariscal Ney hacia Alt-Ramten. No podían ir mejor las cosas.

Al siguiente día resolvió Napoleón recorrer personalmente las avanzadas de Deppen, y dejó orden para que todos los cuerpos que marchaban sobre Saalfeld le siguiesen hasta aquella población. El día 7 por la noche llegó á Alt-Reichau, y sabedor allí de que todo continuaba en completa tranquilidad, se trasladó en la mañana del 8 á Deppen, felicitó al mariscal Ney y á sus tropas por su heroica conducta, vió al ejército ruso inmóvil como un ejército cuyo jefe vacilante no sabe qué partido tomar, y dispuso se hiciese un alarde de importancia para conocer sus verdaderos designios. Los rusos los rechazaron, pero manifestaron que estaban más propensos á retroceder que á persistir en su marcha ofensiva.

En efecto, el general Benningsen, viendo la inutilidad de los esfuerzos hechos contra el cuerpo del mariscal Ney, el poco éxito conseguido en los demás puntos del Passarge, y sobre todo la rápida reconcentración del ejército francés, reconoció bien pronto que un movimiento más pronunciado contra Varsovia, teniendo á Napoleón sobre el flanco derecho, sólo podría conducirle á un desastre, por lo cual tomó el partido de detenerse. Después de haber pasado el día 7 en Guttstadt en una perplejidad muy natural en tan críticas circunstancias, se decidió por fin á repasar el Alle y á encaminarse hacia Heilsberg para ocupar allí la posición defensiva que tenía dispuesta muy de antemano con importantes obras de campaña. El día 7 por la noche prescribió á su ejército un primer movimiento retrógrado hacia Quetz. El 8, sabedor de que la mayor parte de los cuerpos franceses marchaban hacia Deppen, se confirmó en la resolución de retirarse, y dispuso que todas sus divisiones se encaminasen hacia Heilsberg por el Alle abajo. Entre sus tropas, las que más se habían adelantado entre Guttstadt y Deppen tuvieron que cejar inmediatamente, repasando el Alle y entrando en Heilsberg por la orilla derecha. Para facilitar este paso echaron sobre el Alle cuatro puentes; el príncipe Bagration fué el encargado de cubrir con su división y con los cosacos la retirada; las otras columnas que se habían empeñado menos en aquella dirección, sólo tuvieron que volver á Launau y á la posición de Heilsberg por la orilla izquierda. La más distante de las columnas rusas, que era la del general Kamenski, que atacó en unión con los prusianos la cabeza de puente de Spandau, recibió orden de retirarse por Mehlsak, con lo cual tenía que andar toda la base del triángulo formado por Spandau, Heilsberg y Guttstadt. Dejó al general Lestocq la infantería prusiana, y sólo se llevó la caballería. Éste tuvo que ciar para cubrir á Koenigsberg, con grave exposición de quedar separado del ejército ruso, porque

siguiendo por la ribera de la mar mientras el general Benningsen tomaba las orillas del Alle, iba á verse separado de éste unas quince ó diez y ocho leguas.

El 8 por la noche el ejército ruso iba completamente de retirada. El 9, no bien hubo acabado de atravesar el Passarge por los contornos de Guttstadt, le salieron al encuentro los franceses. En efecto, ya una parte considerable de nuestras tropas se hallaba reunida en los alrededores de Deppen. Lannes procedente de Mariemburgo, la guardia procedente de Finkenstein, y Murat de Presburgo, llegando todos á Deppen en la noche del 8, formaron con el cuerpo del mariscal Ney una masa de cincuenta á sesenta mil hombres. Estrecharon impetuosamente al enemigo: la caballería de Murat, atravesando el Alle á nado, se lanzó al encuentro del príncipe Bagration; los cosacos se sostuvieron mejor que de costumbre, formaron masa compacta en torno de la infantería rusa, y sufrieron las descargas de nuestra artillería ligera con un valor muy notable para una tropa de voluntarios.

Entretanto el mariscal Soult, atravesando por orden de Napoleón el Passarge en Litten, tuvo un encuentro con el cuerpo del general Kamenski, arrolló á uno de sus destacamentos y le hizo muchos prisioneros. El mariscal Davout, enderezando su dirección así que se empezó á avanzar, en vez de retirarse se acercaba á Guttstadt; por consiguiente Napoleón iba á tener á su disposición los cuerpos de los mariscales Davout, Ney, Lannes, Soult, y además la guardia y Murat, que nunca le abandonaban, y el mariscal Mortier que los seguía con una marcha de atraso. Formaban entre todos una fuerza de ciento veintiséis mil hombres, sin contar el cuerpo de Bernadotte que quedaba en el Passarge inferior, y que había que dejar allí por dos ó tres días para observar la conducta de los prusianos (1). Pero una vez repelidos á la espalda los prusianos con nuestra marcha hacia adelante, siempre podía Napoleón llamar á sí al cuerpo del mariscal Bernadotte y tener á su disposición ciento cincuenta mil combatientes, privándose solamente del cuerpo de Massena, que era indispensable en el Narew. El general Benningsen, por el contrario, separado como Napoleón del cuerpo dejado en el Narew (diez y ocho mil hombres), y condenado á separarse de Lestocq (que tenía otros diez y ocho mil) al descender el Alle, iba á habérselas con Napoleón con la masa central de sus fuerzas solamente, es decir, con unos cien mil hombres, que habían perdido, entre muertos y heridos, al pie de nuestras trincheras un número de seis á siete mil.

El plan de Napoleón fué decidido muy pronto, porque era la consecuencia misma de cuanto había previsto, intentado y dispuesto en los cuatro últimos meses. En efecto, así que se había hecho invencible hacia su izquierda y hacia la mar por la sabia disposición de

(1)	Davout.	30.000
	Ney.	15.000
	Lannes.	15.000
	Soult.	30.000
	La guardia.	8.000
	Murat.	18.000
	Mortier.	10.000
	TOTAL.	126.000

(N. del A.)

sus acantonamientos entre el Passarge y el Vístula inferior, por la ocupación poderosa de Braunsberg, Elbing y Mariemburgo, y por la toma de Dantzig, redujo á los rusos á atacar su derecha, es decir, á subir la corriente del Alle para amenazar á Varsovia. Desde entonces toda su maniobra quedaba trazada. Debía á su vez marchar adelante, rebasar á los rusos por la derecha, interceptarles el camino de la mar, repelerlos sobre el Alle y el Prégel, anticiparse á ellos en Koenigsberg y tomar á su presencia este precioso depósito donde los prusianos habían encerrado sus últimos refuerzos y adonde habían enviado los ingleses el auxilio prometido á la coalición. Cuanto más empeñados encontrase á los rusos en la corriente superior del Alle, mayor debía ser el resultado de esta maniobra. Ciertamente era que acababan de hacer alto repentinamente para bajar por la ribera derecha del Alle; pero Napoleón iba á bajar en su persecución por la ribera izquierda con una certidumbre casi completa de aventajarlos en velocidad, de llegar tan pronto como ellos á la confluencia del Alle con el Prégel, y de hacerles sufrir en el camino algún revés considerable si intentaban repasar el río á su vista para ir á socorrer á Koenigsberg.

Estas miras, meditadas con tanto acierto y por tanto tiempo, debían trocarse en breve en disposiciones formales y sin que se perdiese un solo instante en deliberar. Mandó Napoleón al mariscal Davout, desde el día 9, que se reuniese inmediatamente á la derecha del ejército; al mariscal Ney, que descansase un día de sus fatigosos combates en Guttstadt para reunirse en seguida; al mariscal Soult, que se hallaba algo á la izquierda cerca de Launau, que continuase por la corriente del Alle hasta Heilsberg precedido y seguido por la caballería de Murat; al mariscal Lannes, que acompañase al mariscal Soult, y por último al mariscal Mortier que acelerase el paso para reunirse con el grueso del ejército. Él mismo siguió con la guardia este movimiento, y encargó al cuerpo del mariscal Bernadotte, mandado temporalmente por el general Víctor, que se reconcentrase en el Passarge inferior para pasar al otro lado así que fueran más evidentes los proyectos del enemigo sobre nuestra izquierda.

En efecto, el 10 de junio emprendimos la marcha sobre Heilsberg por la orilla izquierda del Alle. Había que atravesar un desfiladero cerca de un lugar llamado Bewerniken; encontramos allí una numerosa retaguardia que fué en breve repelida, y desembocamos á vista de las posiciones ocupadas por el ejército ruso. Después de tantos y tan presuntuosos alardes, el general enemigo debía experimentar el deseo de no huir tan pronto y de detenerse para combatir, sobre todo en una posición donde se habían tomado muchas precauciones para hacer menos desventajosas las probabilidades de una gran batalla. Sin embargo, este partido era muy poco prudente, porque el tiempo era precioso para no dejarse cortar el camino de Koenigsberg; pero siendo la voz del orgullo más enérgica que la de la razón, el general Benningsen resolvió esperar al ejército francés bajo los muros de Heilsberg.

Hállase situada la población de Heilsberg en unas alturas por entre las cuales serpentea el río Alle. En dichas alturas se habían construído numerosos reducidos que ocupaba el ejército ruso dividido entre las dos

riberas de dicho río. Este grave inconveniente estaba compensado con cuatro puentes establecidos en bien defendidas entradas que permitían llevar tropas de una orilla á otra. Según todas las indicaciones, los franceses debían llegar por la orilla izquierda del Alle, y se habían acumulado hacia aquel lado la mayor parte de las tropas rusas. El general Benningsen sólo había dejado en los reductos de la orilla derecha la guardia imperial y la división de Bagration, cansada de los combates dados los días anteriores. Se habían dispuesto baterías para hacer fuego de una á otra orilla. En la orilla izquierda, por donde habíamos nosotros de atacar, se veía el grueso del ejército enemigo protegido por tres reductos cruzados de cañones, defendidos por el general Kamenski, que había llegado allí el día 10. La infantería rusa formaba en dos líneas á la espalda y un poco más arriba: componían la primera línea los batallones primero y tercero de cada regimiento desplegados en ala, y la segunda los segundos batallones formados en columna detrás de los primeros y en los intervalos que dejaban. A corta distancia había doce batallones destinados á servir de reserva. En la prolongación de esta línea de batalla, y formando á la derecha un ángulo hacia la izquierda, se hallaba establecida toda la caballería rusa, reforzada por la caballería prusiana, y presentando una masa de escuadrones superior á toda proporción común. Por último, más á la derecha, hacia Konegen, estaban los cosacos en observación. Ocupaban varios bosquecillos y matorrales destacamentos de infantería ligera, diseminados á uno y otro lado en los contornos de la posición. Así, pues, los franceses, al llegar á Heilsberg, tenían que sufrir de flanco el fuego de los reductos de la orilla derecha, y por el frente el fuego de los reductos de la orilla izquierda, además de los ataques de una numerosa infantería y de las cargas de una caballería aún más numerosa. Pero arrebatados por el ardor de la victoria, persuadidos de que el enemigo sólo pensaba en huir y presurosos de arrancarle trofeos antes que tuviera tiempo de ponerse en cobro, no se hicieron cargo ni del número ni de las posiciones. Todos participaron de este delirio, así generales como soldados.

No hallándose aún allí Napoleón para moderar su ardimiento, el príncipe Murat y el mariscal Soult avanzaron sobre Heilsberg, y acometieron á los rusos antes de que pudiese seguirles el resto del ejército. El príncipe Bagration, situado al principio en la orilla derecha, había sido enviado apresuradamente á la orilla izquierda para defender el desfiladero de Bewerniken y el general Benningsen había hecho que le apoyara el general Uwarow con veinticinco escuadrones. El mariscal Soult, después de haber forzado el desfiladero, cuidó de colocar treinta y seis piezas en batalla, lo cual facilitó notablemente el despliegue de sus tropas. Presentóse primero la división de Carra-Saint-Cyr, en columna por brigadas, y arrolló á la infantería rusa hasta el otro lado de un barranco que bajaba desde el pueblo de Lawden al Alle. Merced á este movimiento, la caballería de Murat pudo desplegarse; pero rendida de fatiga y sin haberse podido reunir por completo, acometida en el momento de formar por los veinticinco escuadrones del general Uwarow, perdió terreno, cejó para reorganizarse, cargó de nuevo y recobró la ventaja. La

división de Carra-Saint-Cyr rodeaba el barranco de donde había ahuyentado á los rusos; batida de frente por los de la orilla izquierda y de flanco por los de la orilla derecha, tuvo que sufrir grandes descalabros. Entró en su lugar la división de Saint-Hilaire, pasando en columnas cerradas por los intervalos de nuestra línea de batalla. Esta valerosa división atravesó el barranco, repelió á los rusos, y los persiguió hasta el pie de los tres reductos que protegían su centro, mientras la caballería de Murat se arrojaba sobre la del príncipe Bagration, la hacía pedazos y mataba al general Koring. Entretanto la división de Legrand, tercera del mariscal Soult, llegó y tomó posición á nuestra izquierda más allá del pueblo de Lawden. Había ahuyentado á las guerrillas enemigas de los bosquecillos situados entre los dos ejércitos, y se había apresurado á constituirse bajo los reductos que hacían más fuerte la posición de los rusos. Entonces el general Legrand destacó el 26 ligero para atacar el reducto que, entre los tres, estaba más á su alcance. Este intrépido regimiento se lanzó á él á la carrera; entró dentro á pesar de las tropas del general Kamenski, y le ganó después de un encarnizado combate. Pero el oficial que mandaba la artillería enemiga hizo quitar de allí sus cañones á galope, los colocó con gran celeridad á la espalda, en el terreno que dominaba el reducto, y disparando á metralla sobre el 26, le causó pérdidas enormes. Al mismo tiempo el general ruso Warnek, advirtiendo la mala situación del 26, cayó sobre él con el regimiento de Kalouga y recobró el reducto. El 55, que formaba á la izquierda de la división de Saint-Hilaire y que estaba cercano al 26, fué á su socorro, pero no pudo restablecer el orden; tuvo que reunirse con su división, después de haber perdido su águila. De este modo nuestros soldados quedaron expuestos al fuego de una numerosa y poderosa artillería sin desconcertarse. Quiso entonces el general Benningsen valerse de su inmensa caballería, y mandó ejecutar varias cargas contra las divisiones de Legrand y Saint-Hilaire. Soportáronlas éstas con serenidad admirable y dieron tiempo á la caballería francesa de formar á su espalda para cargar á su vez á los escuadrones rusos. El mariscal Soult, situado en el centro de uno de los cuadros en que se hallaban confundidos franceses y rusos, infantes heridos y jinetes desmontados, mantenía á todos en el deber con su actitud enérgica. Napoleón, que se hallaba aún distante del sitio del combate, dió al general Savary, así que oyó los estampidos del cañón, los fusileros jóvenes de la guardia para socorrer á los cuerpos que habían empeñado temerariamente la lucha. Este general aceleró el paso, tomó posición entre las divisiones de Saint-Hilaire y de Legrand, y formado en cuadro sufrió mucho tiempo las cargas de la caballería rusa, que con el terrible fuego de los reductos hubieran llegado á ser peligrosas, á ser nuestras tropas menos firmes y tener oficiales menos capaces. El valiente general Roussel, que estaba con la espada desenvainada entre los fusileros de la guardia, murió de una bala de cañón que le llevó la cabeza. Esta acción temeraria, en que treinta mil franceses se batieron en campo raso contra noventa mil rusos guardados en sus reductos, se prolongó hasta muy entrada la noche. Por último el mariscal Lannes asomó por la extremidad derecha y mandó tantear la posición del

enemigo, pero no quiso aventurarse á nada sin recibir órdenes del emperador. Cesó el cañoneo en breve, y cada cual procuró descansar un tanto, echándose por tierra á pesar de estar el suelo empapado con la lluvia. Los rusos, más numerosos y compactos que nosotros, sufrieron una pérdida muy superior á la nuestra. Su pérdida consistió en tres mil muertos y siete ú ocho mil heridos. Nosotros tuvimos dos mil muertos y cinco mil heridos.

Napoleón, que llegó tarde porque no suponía que el enemigo se detuviese tan pronto para oponerle resistencia, se mostró muy satisfecho de la energía de sus tropas, aunque descontento de su extremada impaciencia por empeñar el combate y resolvió esperar el siguiente día para dar una batalla con todas sus fuerzas reunidas si persistían los rusos en defender la posición de Heilsberg, ó para perseguirlos sin descanso si levantaban el campo. En su consecuencia pasó la noche con sus soldados en aquel campo de carnicería, donde yacían diez y ocho mil hombres entre rusos y franceses, muertos unos, otros moribundos, la mayor parte heridos.

El general Benningsen, sufriendo una enfermedad cruel y sumido en la mayor incertidumbre, pasó toda la noche en el vivac envuelto en su capote (1). Se necesitaba mucho temple de alma para desafiar á un mismo tiempo á un dolor físico y á tantos padecimientos morales; pero el general Benningsen era capaz de soportarlo todo á la vez. Vacilante entre la satisfacción de haber hecho frente á los franceses y el temor de tenerlos á todos encima al siguiente día, esperó que rayase el alba para tomar un partido. Nuestras tropas por su parte estaban en pie desde las cuatro de la mañana recogiendo heridos y cambiando tiros de fusil con las avanzadas enemigas. Nuestros cuerpos de ejército iban sucesivamente tomando posición; el mariscal Lannes se había situado la víspera á la izquierda del mariscal Soult; el cuerpo del mariscal Davout empezaba á asomar por la izquierda del mariscal Lannes hacia Grossendorf; la guardia de infantería y caballería se desplegaba por las alturas hacia la espalda, y todo anunciaba un ataque decisivo con masas formidables. Esta perspectiva, pero sobre todo el aspecto del cuerpo del mariscal Davout que rebasaba en Grossendorf al ejército ruso y aun parecía dirigirse sobre Koenigsberg, determinaron al general Benningsen á emprender la retirada. No quiso perder á un mismo tiempo una jornada y una batalla, y exponerse á ir á socorrer á Koenigsberg quizá demasiado tarde y medio destruida ya la población. El general Kamenski partió el primero para tomar con tiempo el camino de Koenigsberg y reunirse á los prusianos, con los cuales estaba acostumbrado á combatir. Después de haber sacado de Heilsberg todos los efectos transportables, el mismo Benningsen se puso en marcha con su ejército por la ribera derecha del Alle el día 11. Encaminóse en cuatro columnas hacia Bartenstein, que era su primera avanzada después de Heilsberg y donde había residido su cuartel general largo tiempo.

Empleó Napoleón parte del día en observar aquella posición, y si no la asaltó con su prontitud acostumbrada fué porque tenía poca prisa de presentar batalla en

semejante terreno, y porque al hacer avanzar su izquierda no dudaba que con un simple alarde obligaría al ejército ruso á levantar el campo. Sucedió todo como lo había previsto: entró aquella misma noche en Heilsberg, y allí se estableció con su guardia. Encontró almacenes muy considerables y muchos heridos rusos, á quienes mandó asistir como á los franceses, y cuyo número probaba que el ejército enemigo había perdido la víspera de diez á once mil hombres.

La jornada de Heilsberg no había podido alterar los planes de Napoleón. Debía siempre tender á rebasar á los rusos, separarlos de Koenigsberg y aprovechar el primer movimiento que hicieran en falso para volver á aquella plaza importante, que era su base de operaciones. Por esta vez no se habían presentado á él en una disposición favorable para destruirlos, pero la ocasión propicia que esperaba no podía tardar mucho. Para que esta ocasión faltase hubiera sido menester que el general Benningsen no cometiese ningún yerro en la crítica posición que se hallaba.

Para lograr mejor su objeto, Napoleón modificó un tanto su marcha. Saliendo de Heilsberg y aun de Lauenau, el Alle se desvía á la derecha haciendo mil contornos y presenta un camino muy largo si se quiere seguir su corriente, camino que por otra parte desvía de la mar y de Koenigsberg. Necesitando el general Benningsen apoyarse en el Alle, no tenía más remedio que recorrer sus sinuosidades; por el contrario, Napoleón, que sólo trataba de sorprender á su enemigo cuando estuviese sin apoyo, y que necesitaba sobre todo tomar una posición intermedia entre Koenigsberg y el Alle desde donde pudiese mandar un destacamento á Koenigsberg sin alejarse demasiado de él, podía sin inconveniente, y hasta con ventaja, dejar las orillas del Alle. Resolvió por lo tanto dirigirse por un camino intermedio, que ya el invierno anterior había recorrido, y era el de Landsberg á Eylau que sube en línea recta hacia el Prégel. Al llegar por este camino al otro lado de Eylau, ó lo que es lo mismo á Domnau, se encuentra uno por la izquierda á dos jornadas de Koenigsberg, y por la derecha á una sola jornada del Alle y de la ciudad de Friedland, porque torciendo el Alle al Oeste después de varios rodeos, al llegar á Friedland se acerca más á Koenigsberg que ningún otro punto de su curso. Allí era donde debía tenerse más probabilidad de tomar á Koenigsberg por una parte y de batir por la otra al ejército ruso, teniendo suerte y mostrando habilidad. Con este pensamiento envió Napoleón á Murat sobre Landsberg con una parte de la caballería. Hizo que le siguiesen los cuerpos de los mariscales Soult y Davout, destinados á formar el ala izquierda del ejército y á dilatarse hacia Koenigsberg, ó á replegarse sobre el centro, si para dar batalla se necesitaba su auxilio. Dejó Napoleón sobre el Alle el resto de su caballería, compuesta de cazadores, húsares y dragones, para batir las riberas de aquel río y seguir la pista al enemigo. Llevó por Landsberg hacia Eylau el cuerpo de Lannes, que tenía más á su alcance que el de Ney, el cual había quedado un día para tomar descanso en Guttstadt, y el de Mortier, que estaba también rezagado una jornada, é hizo que cada cual avanzase por distinto sendero para evitar la confusión, pero de modo que pudiese reunirlos en pocas horas. Por último, no mercediendo ya el menor cuidado los prusianos que

(1) El historiador ruso Plotho dice que el general Benningsen sufría de mal de piedra. (N. del A.)

iban de retirada hacia Königsberg, el cuerpo de Bernadotte, que había quedado provisionalmente en el Passarge inferior, recibió orden de reunirse inmediatamente al ejército por Mehlsack y Eylau.

Estas disposiciones y otras muchas relativas á los almacenes, á los hornos, á los hospitales que quiso organizar en Königsberg, á los cuantiosos abastos de Dantzic sobre los cuales no cesaba de vigilar, á la navegación del Frische-Haff de que cuidó de apoderarse cerrando el paso de Pillau, y haciendo que cruzasen por él los marinos de la guardia en las embarcaciones del país; todas estas disposiciones detuvieron á Napoleón en Heilsberg el día 12 entero. Entretanto sus cuerpos marchaban y le era fácil á caballo reunirse con ellos en pocas horas.

El día 13 por la mañana se trasladó en persona á Eylau. El campo de Eylau no era ya aquella dilatada llanura cubierta de nieve y de aspecto triste y sombrío que en la jornada del 8 de febrero se había inundado de sangre; era un país fértil y risueño, cubierto de bosques reverdecientes, de preciosos lagos y poblado de numerosas aldeas. Entonces reconocieron con asombro la caballería y la artillería, que en la gran batalla de Eylau habían galopado por la superficie de los lagos á la sazón completamente helados. Los indicios que pudieron reunirse sobre la marcha del general Benningsen eran tan inciertos como los proyectos de este general. Por una parte la caballería ligera había seguido al grueso del ejército ruso por la corriente del Alle y lo había visto entre Bartenstein y Schippenbeil; por otra parte, se creyó haber divisado destacamentos enemigos en dirección de Königsberg, que según todas las apariencias trataban de reunirse con el general Lestocq para defender esta ciudad. De este conjunto de indicios debía deducirse que el ejército ruso propendía hacia Königsberg, que para esto abandonaría el Alle, y que en este movimiento tropezaríamos con él en Domnau. Por esta razón Napoleón envió hacia Kreutzburgo al mariscal Soult y á Murat con la mitad de la caballería y les mandó avanzar sobre Königsberg para intentar un asalto. Hizo que los siguiese el mariscal Davout, á quien se mandó tomar una posición intermedia para que se reuniese en pocas horas, ya con el mariscal Soult, ya con el grueso del ejército, según lo reclamasen las circunstancias. Encaminó inmediatamente al mariscal Lannes desde Eylau hacia Domnau, y le dió parte de la caballería y de los dragones de Grouchy, con orden de enviar avanzadas hasta Friedland para informarse de lo que hacía el enemigo, para cerciorarse de si abandonaba ó no el Alle y de si iba ó no á socorrer á Königsberg. No bien llegó á Eylau el mariscal Mortier, fué enviado á Domnau adonde debía llegar pocas horas después del mariscal Lannes. En aquel momento entraban en Eylau el mariscal Ney con su ejército y el general Víctor con el de Bernadotte, y antes de encaminarlos con la guardia y la caballería pesada, ya sobre Domnau en pos de los mariscales Lannes y Mortier, ya sobre Königsberg en pos de los mariscales Davout y Soult, esperó Napoleón que nuevas noticias de la caballería ligera le iluminasen sobre la verdadera marcha del enemigo.

En la noche del 13 desapareció toda duda con los reconocimientos practicados durante el día. El general Benningsen había bajado por la corriente del Alle y

parecía tomar el camino de Friedland, ya para continuar por él paralelamente á aquel río, ya para dejar sus orillas y entrar en Königsberg. Siendo en efecto Friedland el punto en que este río se aproxima más á Königsberg, allí era donde más deseos podía tener de abandonar el Alle. Así, pues, no vaciló más Napoleón: dirigió hacia Lannes y Mortier toda la caballería que no había seguido á Murat, confió su mando al general Grouchy; encargó á los mismos que pasasen á Friedland y se apoderasen si podían de esta ciudad y de los puentes del Alle; mandó á Ney y á Víctor que avanzasen sobre Domnau y emprendiesen en pos de Lannes y de Mortier, acercándose á Friedland lo que permitieran las circunstancias, y por último, hizo marchar á su guardia y resolvió partir en persona á caballo al rayar el día para estar el siguiente, 14 de junio, al frente de sus tropas reunidas. Aquel día, aniversario de la batalla de Marengo, trayéndole á la memoria la jornada más gloriosa de su vida, le infundía un secreto y feliz presentimiento. No había cesado un punto de confiar en su estrella, y esta confianza era todavía fundada.

Llegando Lannes á Domnau unas cuantas horas antes que el mariscal Mortier, se apresuró á enviar de reconocimiento á Friedland el 9.º de húsares. Penetró este regimiento en Friedland; pero acometido en breve por más de treinta escuadrones enemigos, que llevaban consigo mucha artillería ligera, salió muy malparado y tuvo que huir á Georgeneau, posición intermedia entre Domnau y Friedland. Al saberlo Lannes envió la caballería ligera y los coraceros sajones á socorrer al 9.º de húsares, y se puso luego en marcha para entrar en Friedland, repeler la caballería enemiga al otro lado del Alle y cerrar la salida por donde el ejército ruso parecía querer se dirigir para socorrer á Königsberg. Llegó allí á cosa de la una de la mañana del día 14, creyó divisar por entre las sombras de la noche un número considerable de tropas, y se detuvo en el pueblo de Posthenen después de haber desalojado á un destacamento enemigo que lo custodiaba. No tenía la suficiente fuerza para ocupar la misma ciudad de Friedland, circunstancia muy afortunada, porque con ocuparla hubiera ahorrado un gravísimo yerro al general Benningsen y quitado á Napoleón uno de sus más gloriosos triunfos.

En efecto, todo el ejército ruso se iba acercando en aquel momento á Friedland, precedido por treinta y ocho escuadrones, entre los cuales había diez y ocho de la guardia imperial, por la infantería de esta misma guardia y por veinte piezas de artillería ligera. El grueso del ejército debía entrar allí á las pocas horas. Conociendo el general Benningsen que era menester apresurarse para libertar á Königsberg, ó por lo menos para libertarse él poniendo por medio el Prégel, marchó la noche entera del 11 al 12 para llegar á Bartenstein, dió allí unas pocas horas de descanso á sus soldados, les hizo continuar la marcha hacia Schippenbeil, adonde llegó el día 13, y noticioso entonces de que los franceses habían asomado por Domnau, se apresuró á llegar á Friedland, que es, como ya hemos dicho, el punto donde el Alle se acerca á Königsberg. No se descuidó en hacerse preceder por una numerosa vanguardia de caballería.

Lannes, establecido en Posthenen, sólo al rayar el día pudo reconocer la gravedad del acontecimiento que se preparaba. En aquella región cercana al Polo, el cre-

púsculo en el mes de junio empezaba á las dos de la mañana, y á las tres estaba ya enteramente claro el día. Lannes reconoció en breve la naturaleza del terreno, las tropas que lo ocupaban y las que atravesaban los puentes del Alle con intento de disputarnos el camino de Königsberg.

El curso del Alle presenta numerosas sinuosidades cerca del paraje donde iba á verificarse el encuentro de los dos ejércitos. Llegábamos nosotros atravesando varias colinas cubiertas de bosque, desde las cuales el terreno descendiendo sucesivamente hasta la orilla del Alle. En aquella estación todo el país está cubierto de espigas de centeno de considerable altura. Veíamos á nuestra derecha precipitarse el Alle hacia la llanura describiendo varios contornos, rodear después á Friedland, volver por nuestra izquierda y trazar de este modo un codo abierto hacia nosotros, cuyo fondo ocupaba la pequeña ciudad de Friedland. Por los puentes de esta ciudad, situados en aquella entrada del Alle, era por donde los rusos se iban desplegando en la llanura frente por frente á nosotros. Veíaseles claramente agolparse en los puentes, atravesar la ciudad, desembocar por los arrabales y formar en batalla dando cara á las alturas. Formaba allí una charca un arroyo llamado el Arroyo del Molino (Mühlen-Flüss), que corría hacia Friedland é iba después á desaguar en el Alle, dividiendo la llanura en dos mitades desiguales. La mitad situada á nuestra derecha era la de menos extensión; allí se levantaba la ciudad de Friedland entre el Alle y el Arroyo del Molino, en el fondo mismo del codo que acabamos de describir.

El mariscal Lannes, á quien urgía emprender la marcha, no llevó consigo más que los granaderos y los cazadores de Oudinot, el 9.º de húsares, los dragones de Grouchy y dos regimientos de caballería sajona. No podía oponer más de diez mil hombres (1) á la vanguardia enemiga, que sucesivamente reforzada, era tres veces mayor, y á la cual debía seguir en breve todo el ejército ruso. Felizmente el terreno favorecía con numerosos recursos el ardimiento y la habilidad del ilustre mariscal. En el centro de la posición que había que ocupar para cortar el camino á los rusos se hallaba el pueblo de Posthenen, que atravesaba el Arroyo del Molino encaminado hacia Friedland. Un tanto á la espalda se elevaba una mesa, desde donde se podía batir la llanura del Alle. Situó allí Lannes su artillería con varios batallones de granaderos para protegerla. Hacia la derecha se adelantaba, formando un cuerpo saliente, el espeso bosque de Sortlack, que dividía en dos el espacio comprendido entre el pueblo de Posthenen y las riberas del Alle. Apostó allí Lannes dos batallones de cazadores que, esparcidos en guerrillas, podían hacer frente por mucho tiempo á cualquiera hueste que no fuese muy decidida y numerosa. Entre el 9.º de húsares, los dragones de Grouchy y los caballos sajones, componían tres mil jinetes, dispuestos á arremeter contra cualquier columna que tratase de arrollar aquella masa de guerrillas. A la izquierda de Posthenen la línea

(1)	Oudinot.	7.000
	Grouchy.	1.800
	9.º de húsares, caballería ligera y coraceros sajones.	1.200
	TOTAL.	10.000
		(N. del A.)

de las alturas se dilataba descendiendo hasta el pueblo de Heinrichdorf, por donde pasaba el camino real de Friedland á Königsberg. Este punto era de grande importancia, porque los rusos, para llegar á Königsberg, tenían forzosamente que disputarnos el camino con encarnizamiento; además aquel lado del campo de batalla era naturalmente más difícil de defender por estar más descubierto. Lannes, que aún no tenía las suficientes tropas para establecerse allí, situó sobre su izquierda el resto de sus batallones, sacando el mejor partido de los bosques y de las alturas, acercándose de este modo á los caseríos de Heinrichsdorf, aunque sin poderlos ocupar.

El tiroteo que empezó á las tres de la mañana se hizo de repente impetuoso y nutrido. Nuestra artillería, situada en la mesa de Posthenen, bajo la protección de los granaderos de Oudinot, contenía á los rusos á cierta distancia y les hacía sufrir grandes pérdidas, al paso que nuestras guerrillas, diseminadas por la orilla del bosque de Sortlack, contenían á su infantería con un fuego continuo, y los jinetes sajones de Grouchy se lanzaban repetidas veces á la carga contra su caballería. Los rusos habían empezado á amagar por el lado de Heinrichsdorf, y pasando el general Grouchy desde la derecha hacia la izquierda, se dirigió inmediatamente á galope á disputarles el camino de Königsberg, que era el punto importante por cuya posesión iban á correr torrentes de sangre.

Aunque el mariscal Lannes sólo contaba en aquellos primeros momentos con diez mil hombres para contrarrestar á veinticinco ó treinta mil, lograba sostenerse merced á su arte consumado y á la energía de su carácter y merced también á la atinada cooperación del general Oudinot, que mandaba los granaderos, y del general Grouchy, que mandaba la caballería. Pero el enemigo se iba reforzando más cada hora, y el general Benningsen, que llegó á Friedland, formó de súbito el proyecto de presentar batalla, proyecto temerario porque hubiera sido mucho más prudente en él seguir bajando por el Alle hasta la confluencia de este río con el Prégel, guarecerse después con el mismo Prégel, y tomar posición al otro lado del río, apoyando la izquierda en Wehlau y la derecha en Königsberg. Hubiera necesitado un día más para llegar á esta última población; pero nunca hubiera arriesgado una batalla contra un ejército superior en número, en calidad y en buenos oficiales, y en una situación para él muy crítica, puesto que tenía un río á la espalda y que iba á ser repelido contra el codo que forma el Alle con toda la energía y el impulso de que el ejército francés era susceptible. Pero después de haber perdido mucho tiempo en encaminarse hacia Königsberg, mostraba el general Benningsen la mayor impaciencia por llegar á sus muros, pues es fama que le estimulaba el emperador Alejandro, quien había prometido á su amigo Federico Guillermo salvar los últimos restos de la monarquía prusiana. Por otra parte, pareciale mucho más corto el camino de Friedland, y por último creía encontrar aislado y sin apoyo un cuerpo numeroso del ejército francés, y poderlo aniquilar antes de entrar en Königsberg. Convencióse de que era un inesperado favor de la fortuna de que era menester aprovecharse, y resolvió hacerlo así.